

Los países mejor gobernados hoy día son realmente las monarquías. Dudo haya un país mejor regido que Noruega, Dinamarca, Inglaterra o Bélgica. En este último, sobre todo, las fuerzas sociales se controlan a maravillas: por un lado la Iglesia conservadora; por otro el socialismo, dividen la opinión pública. El resultado de ello es un tercer producto: *in medium veritas*. En el gobierno republicano existe siempre la tendencia a excluir la opinión contraria e ignorarla por completo. ¿Con qué resultado? Un socialismo de Estado, laico, nivelador de conciencias, fortunas, de cuanto ha sido y es la grandeza humana: la diferenciación. Lejos de mí el retorno al antiguo régimen o al clericalismo sin valía.

La vida interior, planta cada vez más rara, sólo prospera en el individualismo y tiende a desaparecer con el sistema igualitario.

Las mejores repúblicas han sido monarquías sin la corona hereditaria; los mejores reinos, repúblicas coronadas. Guillermo Ferrero, pensador tan original como sugerente, cuya imparcialidad es insospechable, en artículo sobre Sydney Sonino explica con serenidad de juicio, rara hoy día, el rol de la aristocracia en el gobierno.

En la desierta orilla de unas playas remotas se alza una vieja torre de almenas seculares; su alma es íntima amiga del alma de los mares, de quien conoce a fondo las tragedias ignotas.

Ha escuchado querellas e idílicos cantares, sabe mil episodios sobre las barcas rotas, el cielo, las arenas, las libres gaviotas y los maravillosos poemas estelares.

En las noches de luna todos los pescadores y las pescadorcitas de los alrededores junto a la vieja torre suelen plantar sus tiendas.

Como a una vieja abuela que ha visto muchas cosas, la miran con sus largas pupilas silenciosas, mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Como no quiero ser ajeno a cuanto sea humano en mis juicios, he deseado recoger datos sobre la América latina acerca de este problema. He visto confirmadas estas ideas allí también.

La república, monarquía electiva,

por lo que he podido colegir, no ha dado mejores resultados que en Francia o en los Estados Unidos. A pesar del tono académico de sus parlamentos y la belleza literaria de las constituciones, me parece seguir los pasos de las republiquetas del Medio Evo. El mismo recurso a las armas, a la mentira, a la astucia, al compadrazgo, para sostenerse en las alturas. En su gran mayoría, esos países están en su faz medioeval; ningún desarrollo artístico o mental redime lo crudo y apático de su civilización. El españolismo o el lusitanismo que pudiéramos estelar mejor con un solo vocablo, peninsularismo, son moldes difíciles de romper. Las revoluciones casi diarias otrora, hoy ya menos frecuentes, sólo significan que, como por la época feudal, el único medio de hacerse justicia es recurrir a la fuerza armada. La rotación de los partidos, que en último término se reduce al flujo de la acción y reacción, movimientos tan eternos como los principios cósmicos, sólo puede garantizar el progreso político de un país. Cuando se suprimen la rivalidad y el estímulo de la lucha, la tiranía avanza sin ambages.

En el comercio esto se apellida *trust*; en política *dictadura*.

La Iglesia, sin control, termina en un sistema que a la Inquisición se avvicina por el colorido sombrío y rígido; el Estado en las mismas condiciones, es la autocracia rusa.

Donde sólo una tendencia impera, tenemos pandemóniums políticos como en Venezuela, bajo Castro, o cual en la turbulenta Centro América, donde uno de los tiranuelos, cuyas crueldades recuerdan cuentos de Boccaccio, quiere hacer desvanecer todo rastro de la mano férrea elevando templos a Minerva.

Acaso anhela emular a los últimos Médicis. No cabe duda que a las virtudes inspiradas por la religión o la política, como medios de dominio, se mezclan siempre a manera de alianza impura: la avaricia, el egoísmo, el deseo de exhibirse, la simulación del talento y la pasión del mando.